



éste preparó en Hungría setenta mil soldados. Alí Kumurgi, con ejército mucho más numeroso, rodeó á los imperiales; y Eugenio se hubiera visto perdido si no hubiese hecho la temeridad de atacar á ciento noventa mil enemigos, matando treinta mil, al gran visir y al agá de los genizaros, y apoderándose de cincuenta mil tiendas, ciento catorce cañones, dos mil camellos é inmensas provisiones. Teniendo propicia la fortuna, atacó y tomó despues á Temesvar, donde cogió mil doscientos cañones austriacos, quedando de este modo todo el bannato redimido de los turcos. De todas partes acudieron príncipes y señores á tomar parte en esta guerra, sancionada por la victoria; y Eugenio, despues de atravesar el Danubio, atacó á Belgrado, que estaba defendida por treinta mil hombres. El nuevo gran visir Atchi-Alí se presentó con ciento cincuenta mil guerreros para socorrerla, y cercó á los austriacos, diezmadados ya por las enfermedades. Eugenio, á quien la prosperidad infundia nuevo valor, á la cabeza de cuarenta mil hombres, y auxiliado por la niebla, atacó en sus mismas trincheras al gran visir y le derrotó, matándole diez y

ocho mil otomanos, y apoderándose de treinta y un cañones y muchísimas municiones. Belgrado capituló, y fueron tomadas otras fortalezas próximas al Danubio y al Sava.

El divan tuvo que pensar entonces en la paz, de la cual tenia tambien ya necesidad el emperador: de modo que aceptada la mediación de la Inglaterra y de la Holanda, se estableció en el congreso de Passarowitz el *uti possidetis*; pero el Austria pretendia la Servia entera como dependiente de Belgrado, y que se restituyese la Morea á Venecia. Origináronse de aquí largas disputas, hasta que por fin se decidió que el emperador conservase á Temesvar con los países situados al Occidente del Aluta. Este rio, desde su origen hasta su desembocadura en el Danubio, y desde allí el Danubio hasta donde recibe el Timok, fueron los confines; y añadiéronse á esto Belgrado, Parakin, Istolatz, Schiahak, Bedka y Belina; se concedió el libre tráfico á los súbditos de los dos imperios, y fueron refrenados los piratas de Berbería y de Dulcigno.

Esta paz fué casi complemento de la de Carlowitz.

### CAPITULO XIV

#### La sucesion española.

Luis XIV habia hecho casar á Cárlos II de España con su sobrina Luisa de Orleans, mirando sólo el buen partido, y no la inclinacion de ella. En las fiestas de la boda hubo un auto de fé, en que fueron quemados veintidos cristianos, y condenados á otras penas sesenta. Pero aquel matrimonio fué estéril, y principiaron las intrigas de los que aspiraban á un reino que, aunque arruinado, dominaba, además de la Península, en Nápoles, Sicilia, Milán, Flandes, Méjico, Perú, muchas islas del Océano, del Mediterráneo y del mar de las Indias.

Francia y Austria se presentaban como competidoras: ésta queria suceder á la rama separada de su tronco en tiempo de Felipe II; además de que Margarita Teresa, hermana de Cárlos II, se habia casado con el emperador Leopoldo. Pero tambien Luis XIV estaba casado con otra hermana, María Teresa, y la renuncia terminante que ésta habia hecho se miraba como nula desde el momento que perjudicaba á los hijos. Estos diferentes derechos complicaban, pues, la cuestion. Por los pactos de familia, en Austria, faltando los varones en una rama le sustituia otra rama; pero las leyes españolas habilitaban á las mujeres para la sucesion. Si se admitia la renuncia de María Teresa, la corona correspondia á Margarita

Teresa. Esta sólo habia dado al emperador una niña, que habia emparentado con la casa de Baviera, de modo que á ésta hubiera venido á parar al fin el cetro. Leopoldo, sin embargo, habia conseguido una completa cesion, presentándose como heredero, por ser hijo de Mariana, hija de Felipe III y tía de Cárlos II, á la cual se habia asegurado en su matrimonio la sucesion eventual, excluyendo á los hijos que naciesen en Francia de su hermana segunda, mujer de Luis XIV.

Discutiase, pues, sobre la suerte de tantos pueblos á estilo de abogados, mezclando el derecho con la política, sin pensar en que los españoles debian ser á lo ménos consultados, y tanto más cuanto que tenian Córtes.

Hacia siglo y medio que se hostilizaban mutuamente las casas de Francia y de Austria, ya haciéndose una guerra abierta, ya favoreciendo la una á los enemigos de la otra; todos los tratados de paz habian sido treguas entre estas dos naciones, que los habian sellado con matrimonios, que no podian ser duraderos ni sinceros. El temor que infundió en Europa la desmesurada ambicion de Cárlos V, y el ver que los austriacos ocupaban tantos tronos y deseaban otros, hizo saludar á la Francia como libertadora cuando se alzó para luchar con





su rival; y los tratados de Westfalia, de Aquisgran, de Nimega y de los Pirineos, se celebraron perdiendo la casa de Austria, quitándole posesiones, ó reconociendo la libertad de sus vasallos rebeldes.

Pero entonces cambió la situación de ambas potencias, y la Europa, sin temor á la ambición austriaca, le tenía á las pretensiones de Luis XIV, que quería mandar en casa ajena, adquirir superioridad en Europa, y añadir á su monarquía los países sobre que pudiera tener algun derecho, por débil que fuera. Pero sobre todo ambicionaba la España, y puede decirse que dirigió toda la política de su reinado á poseerla. Carlos II, tan impotente de alma como de cuerpo, no sentía ninguna otra pasión más que el odio contra los Borbones, que le habia inspirado su madre como austriaca; no podia sufrir á los papagayos de la reina, que hablaban francés, y agradeció mucho á la duquesa de Terranova el que hubiese matado á uno de ellos. Muerta su primera mujer (hubo quien dijo envenenada), se casó con una cuñada del emperador, partidaria ardiente de éste; pero siendo ya viejo á los treinta y seis años, fué estéril tambien esta union, por lo cual se aumentaron las esperanzas de los pretendientes. Carlos sabia todos aquellos vergonzosos manejos que se hacian en vida suya para sucederle, y pensó disponer del reino en su testamento, como si un rey pudiese hacerlo cuando hay leyes en el país. Nombró su heredero al príncipe elector de Baviera; pero Leopoldo le hizo variar de parecer y prometerle que daría el trono á un austriaco, con tal que viniese con un grueso ejército á defender á Cataluña. La flemma alemana se dejó ganar por la mano por Luis XIV, el cual, sin embargo, viendo la dificultad de llevarse todo, propuso una particion, en uno de aquellos tratados secretos que cubren de vergüenza la diplomacia de los dos siglos pasados, y que sólo son posibles en el absolutismo. El príncipe de Orange, que dominaba en Inglaterra y Holanda, deseposo de conservar el equilibrio continental, defendía el desmembramiento, para que no se engrandeciesen demasiado ni el Austria ni los Borbones; y este partido, aunque indigno, evitaba á lo mé-

nos á los pueblos una guerra, que no les aprovecharia nada absolutamente. Pero Carlos oyó la noticia de este tratado con toda la indignación de que era susceptible su tímida alma, y nombró de nuevo al príncipe bávaro por su heredero. Asustada la España de la perspectiva de caer en la condicion de provincia, mostraba de contento por esta eleccion, cuando murió el heredero en su edad infantil.

Entonces se aumentaron las secretas maquinaciones. Leopoldo, esperando obtenerlo todo para su segundogénito, exageró sus pretensiones y se opuso á la antigua particion; Carlos, desconsolado al considerar que su monarquía se dividiría, consultó á los teólogos, á los jurisconsultos y al papa, el cual, irritado contra Leopoldo, y esperando la libertad de Italia de la decadencia del Austria, se decidió por la Francia, cuya opinion tuvieron tambien los doctores. Los austriacos sostenian que Carlos estaba hechizado, y le enviaron un exorcista, con lo que abatian más al pobre rey; pero el pueblo indignado expulsó á los charlatanes. Las continuas y porfiadas intrigas del embajador aleman fueron vencidas por la desenvoltura y magnificencia francesa; se hizo concebir á la reina la esperanza de casarse con el delfin, y á Carlos la importancia de sobreponerse á sus aversiones para conservar íntegro el reino. El partido español temia que fuesen separados de Madrid aquellos vireyes y numerosos consejeros que daban un nuevo lustre á su nobleza; aborrecia á los austriacos, porque ya estaban en la corte mucho tiempo, al paso que deseaba los franceses, porque no residian en ella, y porque parecian los únicos capaces de asegurar la integridad de la monarquía. Al fin Carlos reconoció en un nuevo testamento los derechos de María Teresa, y llamó á la sucesion á Felipe de Anjou, hijo segundo del delfin, cediendo de este modo á las razones de Francia, y asegurando á Europa al mismo tiempo que España y Francia no estarian unidas.

Murió, y con él se extinguió la dinastía austro-española, dejando en el mayor abatimiento un reino que habia recibido en el colmo de la grandeza. Este, contento con no verse desmembrado, envió á Luis el testamento de



Carlos; pero ¿debia Luis aceptarle? La division convenida habria unido muchos países á Francia con la aquiescencia y apoyo de Holanda é Inglaterra; y aceptando el testamento, Luis se mostraba desleal con sus aliados, pero aseguraba á su nieto toda aquella monarquía. Leopoldo tambien esperaba obtener toda esta herencia, y aunque al principio reconoció que eran nulas las renunciaciones que se impusieron á Luis XIII y Luis XIV, las declaró válidas luego que confió en las envidias que se despertarian en toda Europa. Su casa, que con tan prolongados artificios habia llegado á la grandeza, no podia tolerar que tantas posesiones, que miraba como de su familia, cayesen en poder de unos rivales con quienes habia disputado por tantos siglos alguna pequeña parte de los Pirineos ó de las riberas rinianas. Se temia, pues, una guerra, y la Maintenon aconsejaba que no se aceptase aquel testamento. Luis vaciló ante la ruina de Francia, que se le hacia ver como inevitable; pero venció la idea de su gloria y dijo á Felipe de Anjou: «Hijo mio, el rey de España os ha hecho rey; los grandes os llaman, los pueblos os desean, y yo consiento: sólo os recuerdo que sois francés.» Luego lo presentó á la corte, diciendo: «Aquí teneis al rey de España; ya no hay Pirineos.»

Felipe fué recibido en Madrid con fiestas públicas; dióle su abuelo una instruccion sobre el modo de gobernar, recomendándole, entre otras cosas, restablecer los seminarios para dar mejor direccion al clero, á la sazón mal dirigido; pero que no los confiase á los jesuitas para no herir á los dominicos; impedir los progresos del jansenismo y el exceso de la autoridad papal; tolerar las supersticiones, pero procurando no caer en sus lazos; ser cauto con la Inquisicion, procurando dulcificarla; elegir por confesor á un jesuita, pero que no se mezclase en las cosas temporales; conservar la paz para dar vigor á la monarquía; no hacer mal positivo para conseguir un bien, ni emprender ciertos bienes de que pudieran resultar grandes males; no casarse jamás con una austriaca; y terminaba diciendo: «Concluyo con uno de los más importantes consejos que puedo daros: No os dejéis gobernar por otro; no tengais fa-

voritos ni primer ministro; preguntad y oid el consejo, pero decidid vos mismo. Dios, que os ha hecho rey, os dará luces necesarias mientras sean rectas vuestras intenciones.»

Luis llegaba al colmo de su prosperidad uniendo á un reino rodeado de gloria, este otro donde su nieto gobernaria una gran parte de Europa y la mitad de América. Poco importaba á los potentados la persona en quien debia recaer la España, con tal de que no fuese en Austria, ni en Francia; tanto más, cuanto que su atencion se dirigia entonces á la guerra que habia estallado en el Norte; el emperador habia irritado al elector de Baviera, negándose á restituírle los subsidios que habia tomado prestados para la guerra contra Turquía, y á los estados de Alemania, creando por su propia autoridad un octavo electorado; por lo cual Luis atrajo fácilmente á su partido al bávaro y á otros príncipes de Alemania, como la Saboya, que ganó con un matrimonio, á Mantua por dinero, y fomentó la insurreccion de Ragcozi en Hungría.

Ofendidas las potencias marítimas, porque se negó á admitir una division hecha bajo sus auspicios, sospechaban que hubiese aceptado el testamento, sólo por preparar la reunion de los dos reinos. Lejos de disipar estas sospechas, Luis las aumentó. Hizo que Felipe V firmase una protesta relativa á su derecho al trono de Francia, si moria el duque de Borgoña, cuya precaucion, aunque muy propia en tales circunstancias, excitó las sospechas, porque eludía una de las principales cláusulas del testamento de Carlos II, la incompatibilidad de ambas coronas. Habiendo conseguido que la corte de Madrid le confiriese autoridad para poder gobernar á su arbitrio los Países Bajos españoles, los invadió y despidió sin armas la guarnicion que, en virtud de un tratado con Carlos II, tenian allí los holandeses; error doble, pues al paso que irritaba á las Provincias Unidas, aumentaba los medios de venganza, restituyéndoles los veintidos batallones que tenian ocupados en las fortalezas. La Inglaterra y Holanda levantaron su voz entonces para manifestar que Luis trataba de efectuar sus antiguos proyectos; restablecer á los españoles en





Portugal, á los Estuardos en Inglaterra; unir la república holandesa á las Provincias Unidas, y trasladar á Amberes el comercio de Amsterdam; por lo que ya sólo pensaron en dar su apoyo á Leopoldo.

Otra imprudencia más grave cometió Luis, reconociendo como rey de Inglaterra á Jacobo III, hijo del destronado Estuardo, contra lo convenido en el tratado de Ryswick; de modo que los isleños declararon nacional la guerra contra él, la cual fué sostenida en nombre de la reina Ana por Marlborough y Godolphin, éste hábil político y aquél gran capitán y á la vez excelente estadista y jefe de partido. Se les unió Dinamarca; y el gran pensionario Heinsio dirigía á la Holanda con los vastos proyectos de sus predecesores. Leopoldo se preparaba á recuperar con las armas lo que habría podido tener no habiéndose adormecido, y la fortuna le ofrecía un eminente capitán en Eugenio de Saboya, cuyas fáciles victorias sobre los turcos le habían dado gran renombre como libertador de la cristiandad, y para cuya salvación era llamado de nuevo contra la ambición de Luis. Tres años se continuaron las negociaciones parciales, de las que resultó una gran alianza contra la Francia.

Los grandes hombres que Luis había heredado de las revoluciones precedentes se habían diseminado, y el orgulloso soberano se lisonjaba, aunque en vano, de que sus despachos bastarían para crear el génio político y guerrero. Las campañas anteriores habían agotado las rentas; el entusiasmo, siempre fugaz, se había entibiado ante un rey anciano y extrictamente devoto, el cual, no estando ya apoyado por aquellos consejeros que lo hicieron parecer grande, tenía que someterse á los pareceres de una mujer.

Esta no elegía los más hábiles, sino los que más le acomodaban; y Miguel de Chamillard, á quien ella había elevado al ministerio de Guerra y Hacienda, aunque honradísimo, era muy inepto. Quedaban á Luis, sin embargo, el impulso de los tiempos precedentes, que suele durar aún después de haber desaparecido sus causas; el prestigio de un nombre ante el cual la Europa estaba acostumbrada á temblar: fron-

teras bien fortificadas, y los españoles resueltos á conservar la integridad nacional, detestando cualquier dominador austriaco sostenido por protestantes, y que llevaba soldados herejes al reino católico. Además, la alianza entre las potencias marítimas y el Austria no parecía muy duradera, porque aquéllas se armaban para que se dividiese la herencia, y ésta para adquirirla en su totalidad. Sin embargo, se sostuvo por la habilidad, no ménos que por los defectos del ilustre triunvirato de que ya hemos hablado, compuesto de Heinsio, tímido por naturaleza; Marlborough, avaro de riquezas y poder, y Eugenio, contrario á Luis por sentimientos de venganza, y que se veía necesario para el Austria, desprovista de otros generales.

Este principió la guerra en Italia, venciendo al prudente Catinat cerca de Carpi; pero el mariscal Villeroi, que le reemplazó, y que sólo era célebre por sus intrigas y orgullo, empeoró las cosas con sus indiscretas temeridades, hasta que quedó prisionero en Cremona. El duque de Vendome vino á sustituirle. Soldado brillante y afeminado, que estaba en cama hasta las cuatro, y descuidaba la disciplina del ejército, reparaba estas faltas con sus afortunadas osadías, y libertó á Mantua. En Luzzara, el rey de España combatió en persona.

Habiendo preguntado á este valiente monarca, acostumbrado á las armas desde su juventud, en qué puesto debía colocarse el rey en las batallas, contestó: *En el primero, como en todas partes*. Pasó luego á Nápoles, donde estaban disgustadísimos del gobierno español; pero no supo ganarse las voluntades. De allí fué á combatir en Lombardía, pero pronto volvió á España. No habiendo sido educado para reinar, se había conservado puro de la corrupción de la corte paterna; pero tímido é inepto para tomar resolución por sí mismo, condescendía á todo lo que le proponía el ayo que su padre le había dado. Aún no había residido un año en Madrid, cuando le acometieron aquellos accesos nerviosos y aquellas melancolías que en lo sucesivo le molestaron siempre; de modo que disgustado de las ocupaciones, tenía miedo á la soledad, lloraba con frecuencia, y todo hubiera empeorado si Luis no hubiese enviado perso-



nas que, sosteniendo la vida del reino, reparasen los desórdenes de una pésima administración.

Entre tanto, los franceses sucumbían ante los ingleses en la mar, y el duque de Ormond y el almirante Rooke destruían la escuadra española en el puerto de Vigo; Marlborough continuaba prósperamente la campaña en el Rhin, y los imperiales amenazaban la Alsacia; pero Villars, tan hábil diplomático como valeroso general, arriesgó una batalla desproporcionada en Fridlinger, venció, y en el mismo campo fué proclamado mariscal. Luis, aconsejado por él para hacer un esfuerzo general, pensó enviar tropas de todas partes sobre Austria, secundado por Víctor Amadeo II, duque de Saboya, y por los húngaros que se habían sublevado; apoderarse de Viena, y poder decir: *El Austria ha cesado de reinar*. Estas tropas avanzaron tanto, que en el consejo áulico se disputó si Leopoldo debería abandonar á Viena; pero el duque de Saboya todo lo cambió de aspecto, abandonando la causa de Francia, á pesar de ser suegro de Felipe V. Él, por entonces, perdió el ducado; Eugenio y Marlborough remediaban los daños de Alemania; la gran batalla de Hochstett, en la que quedaron treinta mil prisioneros, dió á los imperiales la Baviera y libró la Alemania de los franceses; al mismo tiempo los ingleses destruyeron las naves francesas en Gibraltar, cuya plaza tomaron, y después de tantos cuidados empleados en reunir una hermosa marina, ya no se vieron naves francesas en el Mediterráneo ni en el Océano. Derrotado Villeroi por Marlborough en Ramilliers, en el Brabante, se perdió la Flandes; también sucumbió en Italia la fortuna francesa cuando fué reemplazado Vendome, que había sido vencedor en Casano y en Calcinato; Eugenio libertó á Turín del sitio que sufría, lo que hizo perder el territorio de Módena, el de Mantua, el Piamonte y Nápoles; los franceses, encerrados en Milan, capitularon bajo condición de volver á su patria, por lo cual fué gravemente criticado el emperador, en razón á que para asegurarse la Lombardía los dejaba ir á engrosar el ejército enemigo.

En efecto, con estas fuerzas recobró Felipe V á Madrid del poder de Carlos, hijo segun-

do de Leopoldo, á quien su padre había cedido sus derechos, pero que pronto volvió á esta población; Clemente XI, que por los excesos de Leopoldo le había declarado la guerra, fué tan maltratado por los protestantes que tenía á sueldo, que tuvo que someterse; y el emperador confiscó el ducado de Mantua como perteneciente á rebeldes, vendió la Mirandola á Módena, y confirió al duque de Saboya la investidura de sus Estados. En fin, Lila, la ciudad en que Vauban había dado mayores pruebas de su ciencia, y para cuya defensa dió al tiempo de morir un plan secreto á su sobrino, tuvo que ceder á un terrible sitio, y el reino fué invadido por los ingleses y los imperiales, ansiosos de vengar allí los estragos del Palatinado.

A estas desgracias que sufría la Francia, se agregaban otras naturales. Las viruelas habían invadido el país repetidas veces; al horrible invierno de 1709 sucedió otro tan crudo, que perecieron las vides, los olivos, los árboles frutales y las semillas ya sembradas; á lo cual siguió el hambre, que se agravó con las necias disposiciones que se tomaron. El pueblo perecía, y lo que más apuraba era que los impuestos no se pagaban, ni el rey podía satisfacer sus sueldos á las tropas; se triplicó la capitulación; se fundió de nuevo la moneda, elevándola á un tercio más de su valor real, último desastre; se vendieron cartas de nobleza á 2.000 escudos; á la regularidad de las rentas públicas, tan florecientes durante la administración de Colbert, sucedieron un descrédito general y frecuentes quiebras; ya no había dinero, ni comercio; las tierras no se cultivaban; emigraban los industriales; las rentas públicas apenas tenían valor, y el pueblo estaba oprimido por los impuestos; los nobles, no habiendo recibido sus pagas durante la guerra, se vieron reducidos á empeñar sus tierras; el rey tuvo que tomar 8.000.000 en dinero dando por ellos 32.000.000 en inscripciones, es decir, abonando el cuatrocientos por ciento. Los ingresos del Tesoro ascendían á 115.339.074, pero sólo la deuda absorbía 82.859.504; de modo que para los gastos del gobierno sólo quedaban treinta y dos millones y medio, y se habían consumido anticipadamente los de tres años.